

Tal es sin embargo la fuerza de las cosas, que despues de pro-
mediar el siglo tercero, ya la Iglesia adquirió una porcion algo
considerable de predios, aprovechando seguramente la oportuni-
dad que debió de ofrecerse, ó por el enflaquecimiento de las le-
yes, á causa de andar á la sazón muy revuelto de Imperio, ó por-
que en este punto, en los trechos en que se amainaba la borras-
ca se relajasen ellas de suyo: que así sucede siempre que el le-
gislador se empeña en oponerse á la razón y justicia, y en luchar
temerario con creencias muy arraigadas y extendidas; las necesi-
dades que tienen en estas su origen se han de satisfacer; la vio-
lencia produce un efecto momentáneo, pero la violencia no puede
ser duradera: las necesidades vuelven á alzar la voz, y tarde ó
temprano, la ley imprudente, ó se elude, ó se quebranta. No
siempre han tenido presente esta verdad los gobiernos, pero en
tal caso tampoco han logrado otra cosa que labrar su descredi-
to, y preparar su ruina. Cuando las ideas y costumbres de un
país encierran algun hecho de alta importancia, es necesario que
las leyes le conozcan y respeten. ¿Qué importa que la ley lo
niegue, si el hecho existe? ¿qué adelanta el legislador poniendo-
se en lucha con un principio muy robusto? el orgullo ciega al
hombre, dándole á entender que es fuerte lo bastante para destruir
á su adversario; pero el hombre es muy débil, y si como acos-
tumbra, echa mano en su apuro de armas vedadas, haciendo ser-
vir para la sin razón y violencia lo que debiera ser un instrumen-
to de la razón y justicia, tampoco alcanza otro resultado que
desacreditar completamente las mismas instituciones, que habia
llamado en su apoyo.

Dada por Constantino la paz á la Iglesia, y contada por con-
siguiente entre los colegios legítimos, asegurósele desde luego por
las leyes civiles el derecho de adquirir, aumentándose en seguida
considerablemente sus bienes, ora por donaciones, ora por heren-
cias y legados. Los adversarios de las actuales rentas de la Igle-
sia suélense mostrar muy apasionados por la disciplina y costum-
bres antiguas: y no escasean los encomios á la santidad de vida,
al celo puro y desinteresado que caracterizaba á los prelados de
aquellos tiempos; y ya que no sea dable achacar á codicia, ni á
miras ambiciosas la adquisicion de fincas por parte de obispos
tan santos y desprendidos, forzoso será, cuando menos por no
caer en chocante inconsecuencia, el reconocer que debe ser muy

útil, muy natural y necesario el que la Iglesia posea bienes rai-
ces; y que cuando esta materia pasó por un crisol tal, como era
la conciencia de aquellos hombres de tanta sabiduría y virtud,
bien cierto será tambien que la posesion de fincas por parte de la
Iglesia, nada envuelve de contrario al espíritu del Evangelio.

Crece de punto el valor de estas consideraciones si se repara,
que los obispos llevaban tan adelante en esta materia la severidad
en las máximas, y el desprendimiento en la conducta, que cedían
generosamente del derecho que les concedieran las leyes civiles,
en mediando en la adquisicion alguna circunstancia, que lastima-
se en lo mas mínimo, no diré la justicia, ni equidad, pero ni aun
la delicadeza: sabido es lo que á este propósito decia San Agus-
tin con su gracia y agudeza acostumbrada: *jure fori, non jure poli.*

II.

ANDABA extendiéndose mas y mas cada dia la Religion cris-
tiana, y la Iglesia iba adquiriendo nuevos predios, conforme lo
exigia el mayor número de ministros, el ensanche y multiplica-
cion de las atenciones y necesidades, y segun lo proporcionaba
la religiosidad, y gratitud de los pueblos. Este era el curso regu-
lar de cosas, y así hubieran continuado, si á la sazón no tocara
la sociedad en una gran crisis, comienzo de grandes desastres,
y data de un cambio total en las relaciones domésticas y sociales,
no menos que en las formas civiles y políticas.

Al llegar aquí colócase la materia de los bienes de la Iglesia
en un terreno enteramente nuevo, pero que ofrece el mas ancho
campo á consideraciones del mayor interes, bajo todos aspectos.

Sigue un orden de cosas, que no habia tenido semejante; para
comprenderle bien, es necesario colocarse á la vista del mismo
origen, porque del contrario, confundidas las épocas y costum-
bres, todo se altera y desfigura, y léjos de entrar en un análisis
científico, se pierde vanamente el tiempo en frívolos lamentos, en

declamaciones vacías. Quien estudie la historia de la Iglesia, quien desee formar acertado juicio sobre sus riquezas y poder en las varias épocas, necesita no perder nunca de vista las circunstancias de los lugares y tiempos; porque es una grande injusticia el juzgar á los hombre fuera de su puesto; y aun en buena filosofía es tan poco razonable, como si alguno que debiera calificar el mérito de las piezas de una máquina, se empeñara en hacerlo dislocándolas primero, y sin atender á las relaciones que entre sí tienen, ni al lugar que ocupan, ni al juego á que se destinan.

El Imperio Romano llevaba ya en su seno el gérmen de muerte; pero acometido de repente por la avenida de bárbaros salidos de las selvas del norte, y forzado á combatir, sintió revelarse toda su debilidad, y desenvolverse rápidamente todas las causas de disolucion, que iban carcomiendo, tiempo habia, su desfallecida existencia. La Europa presentó entonces el mas negro y espantoso cuadro, que ofrecer puedan los fastos de las calamidades humanas: no era una sociedad en desórden, no un conjunto de naciones en guerra ó en revolucion, no una arena en donde lidiasen unas leyes con otras leyes, unas instituciones con otras instituciones; era una confusa mezcla de barbarie y civilizacion, de grosería y de cultura, de rudeza y de saber, de afeminacion y de ferocidad; eran unos pueblos precipitados sobre otros pueblos, peleando, chocándose, rechazándose como las oleadas en la tormenta; era un lago de sangre, un monton de despojos, de cenizas, de ruinas, un caos. Estremecimiento causa solo el pensar en lo que hubiera sido de la sociedad europea, si la Providencia que en su indignacion habia querido affigirla con tamaña catástrofe, no hubiera cuidado oportunamente del remedio, difundiendo y arraigando de antemano la Religion cristiana, que al paso que fuera un alivio y consuelo en los males presentes, mostrara en lejano porvenir una aurora de esperanza.

Todo el saber humano habia desaparecido, y la Religion cristiana tenia en sus libros y tradiciones el precioso depósito de la mas profunda sabiduría: la historia se hundia en el olvido, la barbarie combinada con la diversidad de ideas, lenguas, usos y costumbres, abria un abismo que habia de separar á los pueblos venideros de los pueblos antiguos, y la Religion poseia un Libro, y un Libro que no podia soltar de sus manos, y en él se encerraba en breves páginas la historia del mundo: la rudeza mas grose-

ra y feroz levantaban á la civilizacion y cultura una valla insalvable, y la Religion con la continua y pública lectura y explicacion de los Libros Santos desplegaba ante los ojos de un pueblo asombrado, aquellos magníficos cuadros, donde resplandece en toda su riqueza y ostentacion la pompa de las costumbres orientales: y mientras la crueldad mas brutal amontonaba por do quiera ruinas y víctimas, ella inspiraba lenta, pero eficazmente, la suavidad, la mansedumbre, la nobleza, la dignidad y la ternura de sentimientos; ora haciendo resonar los robustos acentos del harpa de David, ora los plañidos de la vírgen de Sion, ora la formidable trompa de los profetas, tronando en nombre del Omnipotente, y amenazando con terrible venganza al cruel, al opresor, al injusto.

Las ideas de Dios, del hombre, y de la sociedad, hallábanse oscurecidas, adulteradas; y ella las presentaba puras, grandes, luminosas: ya no era Dios una pasion divinizada, un emblema de la fecundidad de la tierra, el exagerado retrato de un conquistador, ó de algun inventor ingenioso y benéfico; era un Ser eterno, infinito, cuya palabra crió el mundo, cuya sabiduría le gobierna, y cuya voluntad le conserva: el hombre tan despreciado, envilecido, atropellado por otro hombre, y considerado hasta entonces como una mercancía vil, era á los ojos de la Religion una criatura de tanta dignidad, que sobre ella estaban fijas las miradas de todo el cielo; como á objeto que era de inefables designios, de incomparable dignacion del Altísimo: y la sociedad que antes era un monopolio cruel, una ensangrentada arena donde unas mandas de esclavos degollaban á otros esclavos, era explicada por el Cristianismo como una reunion trabada con fuertes y suavísimos lazos, que arrancaban del mismo cielo, regida por la justicia, endulzada por el amor, y encaminada al bienestar, y á la felicidad de todos los hombres.

Para que nada faltase, no se limitaba la Religion á la mera enseñanza; sino que mostraba en la Iglesia, un tipo de una sociedad admirable, donde podian los hombres ver realizado en la práctica lo que habian aprendido con la doctrina; y cuenta, que la exposicion de este bello tipo, á la vista de los pueblos, debia serles altamente provechosa; porque la historia de acuerdo con la experiencia de cada dia, nos atestiguan, que así como los escándalos nunca pasan sin acarrear daño, así los grandes y saludables ejem-

plos no pasan tampoco sin dejar provecho. Un poder fuerte sin despotismo, y suave sin debilidad; una administracion rígida, vigilante y severa, pero sin opresion, sin violencias, sin vejaciones de ninguna clase; leyes recomendables por la madurez que acompañaba la deliberacion, sazonadas en todas sus partes con la prudencia y cordura, preñadas de sabiduría y prevision, y acomodadas á la variedad de tiempos y paises; leyes templadas con razonable indulgencia en consideracion á la debilidad del hombre, pero dotadas de la necesaria firmeza para poner dique á las pasiones y caprichos, armadas de saludable rigor para hacerse respetables, pertrechadas de escudos que impidiesen la infraccion, y rodeadas de atalayas que zelasen su observancia; hé aquí el tipo ofrecido por la Iglesia; ahí está la historia, leed, y vereis que no exagero.

Asentados estos hechos, tan incontestables como luminosos, échase de ver que todas las semillas de civilizacion y cultura, todas las esperanzas de los pueblos se hallaban en manos de la Iglesia; siendo notable que todas las preciosidades que habia elaborado el transeurso de muchos siglos, y que pudieron salvarse del primer ímpetu de la furiosa avenida, todas se habian refugiado á la sombra de la Religion, todas se amparaban en el ásilo de la Iglesia. Es ciertamente tan curioso y digno de observacion, como poco reparado, el singular é inestimable beneficio, que á la sazon proporcionaban á las letras, á las artes, y sobre todo á la humanidad, aun aquellos dogmas que, al parecer de muchos, debian de ser menos conducentes á este propósito: el culto de los santos, la veneracion debida á sus sagrados restos, la inviolabilidad de los templos del Señor, todo se combinaba admirablemente para detener el hacha levantada ya, para derribar y herir; y mientras nadie osaba oponerse á aquellos hombres feroces, ávidos de arrasar monumentos, y de tronchar cabezas, presentábanse á ellos con santa y generosa osadía, los Papas, los Obispos, los Cenobitas, mostrábanles los sagrados títulos de la mision recibida del cielo; y al paso que reclamaban con energía la conservacion y el respeto en pro de cuanto llevaba el sello divino, al mismo tiempo, la vida del hombre, la honra de la esposa, el pudor de la virgen, y salvaban de total ruina los restos de la antigua civilizacion y cultura.

En la actualidad, cuantos se precian de inteligentes en la filo-

sofía de la historia están ya acordes, en rechazar como calumniosa y absurda la tacha de antisocial, con que algunos declamadores y sofistas del pasado siglo se habian empeñado en afear á la Religion cristiana; siendo ya cosa asentada como cierta, que si la Europa alcanzó á salir del caos, y si ha podido ver con asombro, cual brotaban de en medio de tan espantosa confusion tantas naciones, tan grandes, tan ricas, tan florecientes y lozanas, todo lo debe á la Religion cristiana. Ahora, el odiarla por sistema, el perseguirla con encarnizamiento, el frenesí de borrar su sello, y derribar todos sus monumentos, es no solo una injusticia, y un crimen, y barbarie; sino tambien un verdadero anacronismo; y desgraciadamente nosotros acabamos de presenciarse.

Ya que esta Religion divina era el elemento poderoso y benéfico que habia de rejuvenecer, ó mas bien reengendrar á la sociedad y como quiera que no es la Religion una teoría científica encerrada en los límites de una escuela ceñida á ilustrar propagando las doctrinas por medio de la enseñanza, sino que está realizada y hecha sensible en la sociedad llamada Iglesia, la que tiene un cuerpo de ministros para ejercer sus funciones, y llenar sus miras, infiero yo de aquí, que el influjo, el ascendiente de estos ministros sobre el ánimo de los pueblos fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino tambien muy natural, muy necesario, enteramente inevitable: el saber, la virtud, la enseñanza y el consejo, es un conjunto tan precioso, que quien le reuna puede estar seguro de inspirar respeto y veneracion, y de alcanzar influjo y deferencia; y el consuelo en las afficciones, y el alivio y remedio en los grandes males, son beneficios sobrado dulces al corazon humano, para que dejen de gran gear á quien los dispensa, el amor y la gratitud de los favorecidos. Así ha sido siempre, y así será, en no trastrocándose monstruosamente la naturaleza de las cosas.

Colocado el obervador en este elevado punto de vista, ve desplegar ante sus ojos un espacioso terreno, donde descubre clara y distintamente un sin número de abundantes manantiales de que debieron brotar á porfia las preeminencias, los privilegios, los honores, la consideracion, el influjo en todos sentidos, de que se halló colmado el Clero; y entonces se pregunta así mismo ¿qué quieren decir esas violentas invectivas contra los abundantes bienes con que se quedó enriquecido? Dadas tales circunstancias,

¿podía acaso suceder lo contrario? ¿no hubiera sido una monstruosa anomalía? ¿Qué filosofía es esta tan maligna, que á trueque de poder derramar su bilis contra una clase respetable, echa por cualquier atajo, aunque sea forcejando contra el curso natural de los hechos?

Gracioso además es ver, cual se presenta como resultado de una conspiracion vasta y profunda, lo que no es mas que el producto necesario de una combinacion de circunstancias, en cuyo centro aparece el Clero con tantos títulos de honra, de prez y de gratitud: risa mueve á todo hombre experto y entendido, el oír esos afectados plañidos de que saliera jamas la Iglesia de aquella primitiva pobreza que formaba su mas bello ornamento, y su mas seguro preservativo contra la ambicion y la codicia; de que olvidara aquel entero desprendimiento de todos los negocios temporales en que viviera en los primeros siglos; indignacion causa el notar cual se escarba con afan entre los escombros de los tiempos, por encontrar algun hecho reprehensible sí, pero que aislado, sin influencia, ni resultados, y sobre todo reprimido ya, reprobado, reprimido con mano fuerte por la misma Iglesia, nada significa en el curso general de los sucesos. Apenas sabe uno como apellidar esta clase de crítica y de filosofía; á buen seguro que los conocimientos, que pretendan condecorarse con el nombre de ciencia, y de filosofía de la historia, han de ser algo de mas puro, mas noble, mas elevado, mas grande.

El Clero adquirió grandes riquezas; es verdad: pero ¿qué resulta de aquí contra el Clero? La influencia é intervencion en todo género de negocios, la inteligencia en todas materias, la direccion en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos las proporcionan siempre, y en abundancia: y el Clero tuvo por espacio de muchos siglos esa influencia é intervencion en todos los negocios, esa inteligencia en todas las materias, esa direccion en todos los ramos, en tal punto que dejaba muy atras á todas las demas clases: y cuando nadie pensaba en aliviar y consolar los infortunios de las familias y de los pueblos, él á fuerza de inestimables beneficios se grangeaba por todas partes la gratitud y el amor. ¿Es esto lo que dice la historia? sí ó no: si no es así, desmentidme; y si es así declamad cuanto os pluguiere contra las grandes adquisiciones del Clero; pero yo os responderé tranquilamente que borreis, si os es posible, las páginas de la his-

toria, que trastroqueis el orden natural de las cosas; y si esto no es posible, os añadiré, que no es de verdaderos filósofos el desahacerse en invectivas contra una clase, por la culpa, por el horroroso crimen de haberse verificado con respeto á ella las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilizacion, la grosería y la cultura, el desorden y el orden, el acaso y la prevision; prevalecen la virtud, el saber, la civilizacion, la cultura, el orden, la prevision: un trastorno, una violencia, un conjunto extraordinario de circunstancias pueden presentar anomalías pasajeras; pero dejad obrar el tiempo, y vereis como al restablecerse la calma, en recobrando las cosas su nivel, las clases que se aventajan á las otras en calidades estimables, se encontrarán mas ó menos tarde, con las riquezas, los honores y el mando en sus manos.

Tan natural es semejante curso de cosas, que á cada paso nos ofrece en confirmacion la historia palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo exámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí, con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el Clero secular, como á mas expuesto por su posicion y circunstancias que el Clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos; viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ¡cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en la abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta affluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender, podría en esta materia asentarse una regla general que sirviera de luz en las ciencias políticas y que empleada con tino y mesura, podría servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad exista una clase muy numerosa, benemérita y acreedora por lo mismo á consideracion

y bien estar, á honores y á riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion: las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel; si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por si misma, entonces serán necesarios los bayvenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del Clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellos; no, señalándoles diferente origen del que han tenido en la realidad; no tachándolas de injustas; sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque cambiadas las circunstancias, no se acomoden, cual deben, á otras necesidades ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan á veces de acarrear gravísimos males; tanto mayores, y tanto mas sensibles y chocantes, por proceder del mismo instrumento destinado á labrar la felicidad pública: resultando de aquí, que una cosa puede tal vez ser muy natural, y ademas muy conforme á las leyes, sin ser por esto provechosa; antes acarreando inconvenientes, y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto á las riquezas del Clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharia de buena gana al filósofo, que examinando con imparcialidad la materia me dijese; "las riquezas del Clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo á aumentarlas el gran bien que el clero hacia á la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal." Pero ¿es esto así? ¿es esto lo que enseña la historia? No será de mas detenerse algun tanto en desentrañar esta cuestion; porque si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos, es la influencia religiosa y moral del Clero; pero la que se deriva de la riqueza es mirada con aversion, ó al menos con desvío: y es regular que á algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningun provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado, que el Clero, como á ministro de la Religion cristiana, era con respecto á los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relacion á su alumno; menester será confesar tambien que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad, é imitados sus ejemplos, acarrea á la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora ¿las riquezas hasta en su abundancia, no eran á este fin, un medio muy á propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad é independencía. Sin estabilidad no alcanzará jamás consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miras muy limitadas, sus funciones circunscritas á espacio breve, y estas sin calor, sin energia, sin resultados: poco segura de su propia existencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni extender su vista al porvenir; planta exótica, que careciendo de arraigo no tendrá nunca robustez y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencía, no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro, y noble dignidad, que inspirando, comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad, y allanan el camino á la docilidad y á la deferencia. *Ni la estabilidad, ni la independencía se obtienen sin propiedad.*